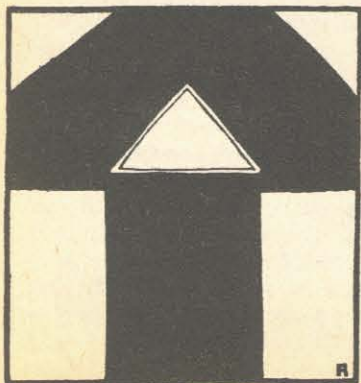


ber "quién soy yo" del poeta. Al diferenciar y definir lo que hay alrededor suyo, está intentando conocer su propia ubicación, pues construir el mundo es construir al hombre. Es por eso que Fabio vuelve a él mismo —no obstante la fascinación que le produce la naturaleza casi autónoma de los objetos—, contempla su propia imagen y sabe entonces que entre el mundo descrito y quien describe se ha caído un muro, que herramienta y poeta son lo mismo y uno a otro se reflejan: como un espejo frente a otro espejo generan una sucesión infinita de imágenes.

Miremos al hombre que tiene una esponja en la mano, cómo la manosea y la observa; está mimando, sin quererlo, los movimientos del agua. Y el agua no se halla nunca tan dueña de su expresión, de su voz, como dentro de una esponja. Su principal ocupación, que es caer, encuentra en la esponja, en ese escenario concentrado y tangible, una experiencia cabal de todos sus quehaceres y aptitudes, como en un laboratorio.

En *Caja de herramientas*, este pequeño libro de las maravillas, cada texto se vuelve una herramienta para el lector y sobre todo para el escritor. El lenguaje de los objetos, transformado en el discurso de los sujetos, es producto de una sabiduría natural y una serenidad no exenta de emoción, que hablan de madurez y de equilibrio, logrados a través de la continua y atenta observación de los fenómenos; con el deslumbramiento y la frescura de un niño, pero con la experiencia que sólo da el picar y pulir diariamente la piedra de las palabras.

Margarita León



De la ironía del sujeto a la reversibilidad del objeto

El otro por sí mismo, de Jean Baudrillard, Editorial Anagrama, Argumentos, núm.90, Barcelona, 1988, 87 pp.

Contra los últimos vestigios positivistas y racionalistas, Jean Baudrillard fue construyendo a lo largo de su obra un discurso sobre la simulación, la hiperrealidad, la seducción, el éxtasis y la fatalidad, en donde quedan mortalmente cuestionadas las concepciones tradicionales sobre la objetividad, la realidad, el orden de la producción y del deseo, las finalidades y el sujeto. Este pensador francés, al que se le ha señalado como "el sociólogo por antonomasia de la era posmarxista", e incluso como "el profeta de la posmodernidad", nos presenta hoy en *El otro por sí mismo* —siguiendo la línea marcada en sus textos anteriores, entre los que destacan *Cultura y simulacro* (Editorial Kairós, 1978), *De la seducción* (Editorial Cátedra, 1987) y *Las estrategias fatales* (Editorial Anagrama, 1984)— un ensayo en el que lleva hasta sus últimas consecuencias su análisis de lo social y nos plantea provocativos interrogantes sobre la realidad, la sociedad y el individuo contemporáneos.

El eje de reflexión de *El otro por sí mismo* son los efectos del acelerado desarrollo tecnológico, la sociedad diluida en la comunicación y la información. Es de mencionar que así como la preocupación por la guerra nuclear o el desequilibrio ecológico llevó a la construcción, en sus diversos momentos, de apocalípticas imágenes de la humanidad del futuro, el texto de Baudrillard nos presenta un panorama bastante desolador de la sociedad del mañana. Sin embargo, esta ficción es también, al menos en parte, una visión coherente e incisiva de la so-

ciudad contemporánea. De ahí que sean relevantes, o al menos sugerentes, sus reflexiones y propuestas.

Ya desde el inicio el autor nos plantea la necesidad de la simulación: para establecer el panorama retrospectivo de una obra no prospectiva hay que hacer como si la obra siempre hubiera existido, fuese cerrada y se desarrollara coherentemente. Así es, en términos de simulación, como Baudrillard construye su discurso sobre la sociedad del presente. El punto de partida es el desvanecimiento de todo un sistema construido a partir de los objetos: el universo imaginario y simbólico, con su sueño antropológico, en el cual se opone el sujeto al objeto, en donde éste es espejo de aquél y lo único que existe es el escenario, ya sea de la historia o del de la cotidianidad. Hoy, nos propone el autor, no hay escena ni espejo, sino pantalla y red; la tendencia a la homogeneización y a la abstracción formal de elementos y funciones hace desaparecer la trascendencia, la profundidad y la dimensión psicológica, para quedar sólo la inmanencia, la superficialidad y las operaciones de comunicación. El universo y nuestro cuerpo se convierten en pantallas de control que conformarían un sistema en el cual todos los términos deben estar informados de su respectivo estado, así como del de la totalidad.

Con la era de la telemática, de la miniaturización y del microproceso, declara Baudrillard el fin de la metafísica y el comienzo de la hiperrealidad: lo mental y metafórico ahora es proyectado en el espacio de la simulación. Es el reino de la publicidad. El espacio público ya no es un espectáculo, ni el privado es un secreto; se desvanece la diferencia entre lo interior y lo exterior, pasamos de la obscenidad cálida y sexual de lo oculto a la obscenidad fría y comunicacional de lo visible; sobre el deseo sexual por el cual ponemos en juego nuestra identidad prevalece la obsesión por demostrar nuestra existencia; dejamos la histeria y la seducción para entrar a la esquizofrenia y a la fascinación.

La publicidad rompe con la escena, la distancia y los actores; vuelve las cosas transparentes y visibles. Por ello, nos propone Baudrillard, cuando la publicidad lo invade todo, dejamos atrás el drama de la alienación para encontrarnos en el éxtasis de la

comunicación: el mensaje ya no existe, la circulación del *medium* se impone, la totalidad de las funciones, los acontecimientos, los espacios y las memorias es reversible y subsumida en la dimensión de la comunicación. En este éxtasis, el individuo y su cuerpo se vuelven una fórmula, se definen en términos de código genético y de organización cerebral; en fin, todo se juega en la inmanencia, donde ya no son posibles las inhibiciones ni las transgresiones.

Sin embargo, ante este panorama de la superficialidad, de lo visible, en el que se neutralizan todos los sentidos, los referenciales y las finalidades, llega Baudrillard a encontrar un abismo. El sistema de disuasión y simulación no puede neutralizar las apariencias, no puede controlar la seducción de las apariencias, su desviación, su reversibilidad, su desaparición, su imposibilidad de verdad y de objetividad.

La obsesión por desnudar la verdad, por llegar a la verdad desnuda, que impregna todos los discursos de interpretación, la obsesión obscena por alzar el

secreto, es exactamente proporcional a la imposibilidad de conseguirlo jamás. Cuanto más nos acercamos a la verdad, más retrocede ésta hacia el punto omega, y más se refuerza la obsesión por alcanzarla. Pero esta obsesión no hace más que hablar en favor de la eternidad de la seducción y de la impotencia para acabar con ella (p. 63).

Así, el autor finalmente encuentra una estrategia contra los procesos informáticos: la seducción que tiene mayor poder de disuasión que el sistema. Empero, esta estrategia no es de un sujeto, es de las apariencias mismas. No es una estrategia humana, es una estrategia fatal. Baudrillard nos propone dejar la ironía del sujeto que se enfrenta a un orden objetivo y, en cambio, hacer la ficción de la ironía objetiva de las cosas atrapadas en su propio juego, la reversibilidad objetiva del mundo, inaccesible al saber del sujeto.

Finalmente, Baudrillard concluye que la fatalidad del mundo objetivo, así como la imposibilidad de la utopía, dejan el exorcismo como único sentido posible para la teoría:

La distancia que toma ya no es la del retroceso, sino la del exorcismo. Así adquiere fuerza de signo fatal, más inexorable aún que la realidad, y, por consiguiente, es posible que nos proteja de esta realidad inexorable y de esta objetividad del mundo, de esta brillantez del mundo que, si fuéramos lúcidos, tendría que irritarnos por su indiferencia (p. 84).

Ciertamente, en algunos pasajes, *El otro por sí mismo* irrita al lector. Esta respuesta tal vez surja porque, más allá de las ficciones en donde se *absolutizan* los despliegues tecnológicos y publicitarios, nos enfrentamos a un discurso lúcido que lleva hasta sus últimas consecuencias la crítica de muchos supuestos que todavía luchan por ser indispensables o al menos replanteados. Sin embargo, este último texto de Baudrillard traducido al español, además de provocativo, es una pequeña obra rica en sugerencias, que no sólo merece el tiempo de lectura, sino también futuros análisis y desarrollos, aunque podamos disentir de sus conclusiones y, sobre todo, nos puedan preocupar las repercusiones teóricas y prácticas que implica.

Elisabetta Di Castro

La sociedad informatizada en busca de ideología

El hombre gramatical / Información, entropía, lenguaje y vida, de Jeremy Campbell, Fondo de Cultura Económica y Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, 1989, 415 pp.

Es ya un lugar común afirmar que vivimos el fin de las ideologías. Las grandes construcciones de sentido, los relatos que nos hablaban del origen, de las metas, de las misiones históricas del mundo y de cada uno de nosotros languidecen como reliquias de un pasado cercano y al mismo tiempo lejano e incomprendible. En vez de las odiseas que reclamaban nuestra adhesión apasionada, que nos embriagaban en delirios de trascendencia, vivimos hoy el tiempo del futuro en corto, de la utopía pequeña, de la apuesta reservada. Y sin embargo...

Daniel Bell, uno de los primeros en reflexionar sobre el tema, ha observado con lucidez que el hecho de que las ideologías lleguen a su fin no significa que desaparezcan los anhelos a los que ellas respondían: "Las energías emocionales —y las necesidades— existen, y la cuestión reside en cómo llegar a movilizarlas". Acaso por la proximidad cronológica —si no racional— del tiempo de los grandes ideales, o quizá debido a una inefable dotación de la naturaleza humana —si es que algo así pudiera existir—, la cuestión es que, al enunciarse el tópico del fin de las ideologías, el discurso parece cubrirse de un velo antiguo, primitivo, por el que se reclama al individuo en el mundo, a la sociedad, dar un sentido coherente, vivible, a lo que es y puede ser.

No es de extrañar, entonces, que la sociedad *informatizada*, con todo y sus títulos de precisión, *matematización*, eficiencia y asepsia, ande a la búsqueda de una

